

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

Protestamos enérgicamente contra el atentado de que ha sido víctima la suprema autoridad nacional, pero protestamos más vivamente contra los liberales abanderados del derecho nuevo, que no saben o no quieren reprimir las propagandas y escuelas ferrerianas, germen de anarquistas, pues ellos son los que preparan estos crímenes.

La Religión y el Anarquismo

La única solución

Los gobiernos de todos los estados del mundo están preocupados con la repetición de los atentados anarquistas. Unos más y otros menos, y otros de mentirijillas como el de España, todos los gobiernos se han empeñado en la tarea de destruir la acción del anarquismo.

Vano empeño, inútil tarea; porque ninguno de ellos se decide a aplicar la segur a la raíz; y no se deciden, primero porque tienen miedo; y en segundo lugar, porque si comenzaran a cortar rama a rama el árbol maldito y llegaran hasta el tronco, encontrarían en éste la asquerosa cabeza de la hidra del liberalismo, y ahondando más, hallarían en las raíces la falta de fe, el odio sistemático a todo lo que lleva el sello de Cristo. Y como los amos todos de la política de los Estados están unidos al carro del liberalismo y en lo de la conservación de la fe están por debajo de los hotentotes; he ahí la razón por qué no se deciden a atajar los progresos del anarquismo, poniendo remedio a ese mal, que tiene en peligro la paz de las naciones y las vidas de los hombres que los gobiernan.

Y por cierto que los anarquistas discurren con lógica irrefutable.

Si vosotros—arguyen—no respetáis a Dios ¿por qué nosotros os hemos de respetar a vosotros?

Vuestra autoridad ¿procede de Dios? ¿os la han dado los hombres?

¿De Dios? Entonces sois traidores, porque negáis a Dios, y los traidores son dignos de menosprecio y no tienen derecho a exigir fidelidad.

Pero ¿os la ha dado el pueblo? Si así es, podríamos preguntaros ¿quién es ese pueblo? ¿qué ciudadanos son los que os han honrado con su confianza? ¿Los católicos? No. ¿Los republicanos? Tampoco. ¿Los socialistas? En manera alguna. ¿Los neutros? No piensan en vosotros. ¿Nosotros, los ácratas? Mucho menos, puesto que aspiramos a destruirlos.

Entonces ¿quién es ese pueblo que os ha entregado la autoridad?

¿El pueblo soberano! ¿El pueblo soberano? Fantasías vuestras; el pueblo soberano no existe, es una creación vuestra, una ficción, una mentira.

Pues si así es, y no podéis negar que lo sea; si ninguna de las partes de ese pueblo os ha dado su confianza, ¿de dónde habéis sacado vuestra autoridad, en qué título fundáis vuestros derechos?

Decidnos ¿por qué abomináis de nosotros? ¿por qué nos perseguís? ¿No decís que hay que suprimir a Dios de la escuela, del gobierno, de la familia, de la sociedad, del cementerio? ¿Y no pensáis que nosotros, bajando de premisa, en premisa, llegamos a la última consecuencia, que es la que resuelven la pistola y la dinamita?

Además, señores gobernantes, sois farsantes de solemnidad; porque ¿no es cierto que muchos de vosotros y nosotros nos vemos en las *tenidas* de la masonería? ¿por ventura no somos *hermanos*? ¿Y es posible que os atreváis a ir contra vuestros *hermanos*?

Y en esta argumentación que hacen los anarquistas, intervienen otra entidad, la Iglesia católica, que pregunta: Si aspiráis a la destrucción de los hombres de Estado ¿por qué me perseguís a mí?

Y responden los anarquistas por boca del suizo Demeyer: porque tú, Iglesia católica, puedes ser la salvación del mundo, que nosotros queremos destruir; la vida de los hombres, que aspiramos a matar; la solución única del problema, que nosotros queremos resolver la violencia. Porque tú, Religión de Cristo, eres amor, y nosotros somos odio, porque tú predicabas a Cristo y nosotros matamos. Y suprimiéndote a tí, descartando tu influencia, los gobiernos serán nuestros y nuestro el mundo; porque nosotros comenzamos a ser algo, desde que los jefes de Estado se han vuelto de espaldas a la Cruz y han renegado de la fe de sus mayores.

En ninguna de estas manifestaciones hay exageraciones nuestras. Casi no hemos hecho otra cosa que traducir un artículo, que publicó, con motivo del asesinato de Canalejas, el periódico italiano *L'Avanti*, órgano oficioso de la masonería.

Ahora los que tienen oídos que escuchan; los que tienen inteligencia, que piensen.

Et nunc, reges, intelligite.

La raza anarquista no morirá—ha dicho Sancho—pues mientras subsista la idea seguirán los atentados.

Preciosa confesión de un criminal que confirma con la obra lo que dice y siente. Ante tales razonamientos huelga que nos esforcemos en probarlo.

Y pregunta todo el mundo: ¿Y que remedio hay?

Y contestan los liberales: Pues... que sigan abriendo escuelas laicas

y nosotros iremos eliminando el catecismo y la religión de las escuelas.

¿Y todavía habrá quien no odie al liberalismo?

Por la enseñanza católica

La hipocresía liberal.—Razones, para equivocados; para los falaces, otro género de argumentos.

Es inútil que los ferrerianos más o menos francos o embozados, conscientes o inconscientes se esfuercen en quitar importancia al grandioso movimiento de protesta que en la sana opinión del país ha despertado el plan romanonesco contra el Catecismo.

Con la centésima parte de la polvareda levantada en el campo católico se darían por satisfechos los que acarician el proyecto de convertir poco a poco en neutras las escuelas públicas, que son hoy católicas por ser católico el Estado.

Tal es la enormidad, que ni aun siquiera un falso movimiento de opinión pueden organizar los señores de la izquierda, porque contadísimos son los republicanos que envían sus hijos a escuelas laicas. Las pocas que hay (a nosotros nos parecen demasiadas) cuentan con unos cuantos niños de algunos infelices, fanatizados por gentes que se guardan muy bien de predicar con el ejemplo.

¿Qué fraternidad es esa que pide y aconseja a los demás lo que no queremos para nosotros ni para nuestros hijos?

Si las gentes iguarras fuesen capaces de hacerse tal pregunta, es seguro que despreciarían la escuela laica y a los empingorotados republicanos que se la recomiendan mientras envían sus hijos a colegios católicos. Y los mismo decimos de los señores del Consejo de Instrucción pública.

El libertino corrompe a las jóvenes que puede, pero, por regla general, no consiente que nadie prostituya a sus hijas.

Fijáos, obreros, en este hecho. Los hombres de alguna cultura, aunque alardeen de de creídos, educan cristianamente a sus hijos; pero hay quienes no obstante, os aconsejan a vosotros lo contrario, porque necesitan arrancaros la fe para que seáis instrumentos de la revolución, de la cual esperan encumbrarse ellos, como el libertino se promete placeres a costa de las honras ajenas.

Y esas honras, tanto serán más fáciles de vencer cuanto más se olvide el Catecismo, porque sin él la mujer perderá el pudor que la hace respetable y el hombre podrá escuchar propicio las inducciones de los que les dicen: «incendia, roba, mata» y las de aquellos otros que señalan para esto último

a la víctima que quisieran ver sacrificada.

¿Es a tales elementos a quienes debe contentar el Gobierno de una nación católica mientras trata de oponer un dique al desarrollo de las Ordenes religiosas?

* * *

No cabe rectitud de intención en ciertas actitudes. El fariseísmo lleva la marca en el rostro, mal que le pese.

Mucha ha sido la hipocresía del liberalismo, desde que se impuso por el engaño y la traición en las alturas del Gobierno; pero, con todo, siempre ha quedado al descubierto algo de la podredumbre. La cal del blanqueado no ha podido cubrir todas las negruras.

Se proclamó el sufragio universal y se negó a los sacerdotes el derecho de ser elegidos, como hacía notar un cultísimo orador en el mitin de Santiago.

¿Por qué procedieron así los liberales? Porque quieren extinguir, cuanto les sea posible, la influencia del sacerdote, es decir, la de la religión en las conciencias. En cambio no les estorba el pernicioso influjo de las sectas, a las cuales pretenden abrirles cada día más ancho campo, primero tolerándolas, después concediéndoles mayor libertad para su exteriorización, otorgándoles, por último, la protección oficial.

¿Por último hemos dicho? ¡No! Queda aún la gran villanía de negar protección a la verdad, la monstruosa de perseguirla por mil diversos medios.

Hoy se pretende que los padres que no quieran que sus hijos estudien el Catecismo, lo declaren así, de igual manera que el que aspira al conatinato civil ha de declarar que no es católico. Mañana los que tendrían que solicitar que se les enseñe el Catecismo a sus hijos serían los padres católicos. Más adelante las solicitudes serían inútiles, como sucede en Portugal, y la enseñanza laica oficial un hecho desesperante. Después... la enseñanza privada católica sería perseguida, como pretenden en Francia la Liga de defensa laica.

Hagamos hoy nosotros con el Catecismo lo que harían mañana los libre-pensadores con el laicismo. Tratarase de meras opiniones humanas y no podrían quejarse los admiradores de la Francia atea, con tanto más motivo cuanto que nuestra ley sería para la mayoría, no una imposición de exiguo número. Pero no se trata de meras opiniones, sino de creencias, no de cosas discutibles, sino de cuestiones, de fe, y ni los padres como hizo notar en la Coruña el Sr. Larramendi, tienen derechos contra la eterna salvación de sus hijos. ¿Los bautizaron? Pues son cristianos, pertenecen a Cristo, que dijo: «Dejad a los niños que vengan a Mí», y ni Romanones, ni pa-